

Concepción del tiempo entre los purépecha

Óscar Muñoz Morán

Los vertiginosos cambios que viven los purépecha en los últimos años provoca que sus formas cognitivas no aparezcan como homogéneas. Las generaciones más jóvenes están insertas en un mundo cada vez más urbano, la migración que ha marcado el devenir de la región en las últimas décadas, o el avanzado nivel de bilingüismo, son algunos de los condicionantes de la variedad de discursos sobre la percepción temporal (el tema que aquí nos ocupa) que escuchamos en las comunidades. No obstante, aún existe —al menos entre los “viejitos”, o entre la población más conservadora— una representación tradicional del tiempo. Es a ésta a la que nos referimos en estas líneas, pues creemos que es el punto de arranque para conocer las demás.

Una de las características más importantes de este sistema de creencias es que parece mostrar un completo desinterés por la concreción en las fechas. En las referencias más cercanas —lo que veremos que el purépecha llama el “antes”— del tiempo cronológico, pueden escucharse determinadas fechas (Escalona, 1998; Mendoza, 2002; Muñoz, 2009a; Ventura, 2003), que normalmente insertan al narrador en lo que es considerado un acontecimiento importante en la comunidad. La lucha por la recuperación de tierras librada por la mayoría de las comunidades desde la mitad del siglo pasado, así como la fecha de este logro, aparece como el principal evento de la narrativa local.

Pero lo que me interesa mostrar aquí es el tiempo interpretado, la concepción tradicional del mismo, que obedece a criterios de significación propios: el tiempo está determinado por acontecimientos y estos adquieren importancia en la medida en que son significativos para el grupo.

No creo que los purépechas tengan una concepción del tiempo sujeta a la conocida definición que lo clasifica como lineal o cíclico. Ha sido tradicional, en las Ciencias Sociales, hablar del tiempo de las sociedades indígenas, como un tiempo cíclico, usándolo generalmente como sinónimo de estático y no como progresivo (donde el mito adquiere su máxima dimensión, como la estructura más representativa de lo tradicional indígena). Esta interpretación resulta un camino obligado al

Universidad Complutense de Madrid, miembro del proyecto de investigación: “Los pueblos indígenas y la modernidad en América Latina” (HAR2011-25988).



ser comparado habitualmente con el tiempo occidental, lineal y siempre en progreso, hacia adelante (Williams, 1994: 72). El tiempo purépecha no puede definirse ni de una forma, ni de la otra. O tal vez de las dos igualmente, y entonces estaríamos ante lo que Manuel Gutiérrez llamó “tiempo dualista”, en el caso de la sociedad maya (Gutiérrez, 1992: 439).

No está de más señalar que independientemente de su definición (como lineal o cíclico), el tiempo purépecha es una categoría conceptual que no puede entenderse sin la lectura conjunta de cada una de sus partes. Dicho de otra forma, existe claramente un pasado y un presente (así como un futuro) en la concepción local. El purépecha es perfectamente consciente de qué ha sucedido en el pasado, cuál es un acontecimiento ya finalizado y qué sucede en el presente (tan es así que el presente no es inmediato, sino que comprende, al menos, las tres o cuatro últimas décadas). Ahora bien, el presente no puede entenderse sin el pasado y el pasado no podría tener significado sin el presente. Como afirma Paul Ricœur, el recuerdo (del pasado, supuestamente) es presente y, como tal, obligatoriamente tiene características del mismo. Por tanto, el recuerdo del pasado está cargado de connotaciones atribuidas a la contemporaneidad. La trama (narrativa) construye el pasado (Ricœur, 2003).

En la cultura purépecha encontramos la primera referencia temporal en la oralidad. Escuchamos hablar a los miembros de la etnia de un “más antes” y de un “antes”, pero este último, en la mayoría de las ocasiones, va unido (casi siempre por oposición) a un ahora. Por tanto, estos tres términos (y las características que se les atribuyen) funcionan como primeros marcadores temporales, los cuales no están definidos por fechas ni acontecimientos, sino por el posicionamiento individual y/o grupal en el desarrollo social comunitario. Es decir, dentro de la comprensión local de su propia existencia, los purépechas se ubican en el tiempo según parámetros comprensibles para el grupo. De esta forma, el principal es —como sucede en la mayoría de las sociedades amerindias— el que lo acontecido haya sido conocido en persona o no. Veámoslo más detenidamente con cada uno de los referentes temporales purépechas.

El “más antes” hace referencia al tiempo más distante. Definido por la larga duración en el sentido braudeliano (Braudel, 2006) y marcado por la no presencia en el mismo. Los purépecha afirman que todo aquello sucedido “más antes” es lo que ha existido “desde siempre”. Aunque no haya sido presenciado por ningún miembro de la comunidad, el origen de casi todo es conocido, o al menos identificado. La larga duración del “más antes” no se define tanto en términos cronológicos, sino en atribuciones de origen cognitivo. Es el tiempo por excelencia de la duración, la permanencia. Como digo, es de él de donde provienen casi todas las características de la costumbre



purépecha. No importa tanto de dónde o cómo, sino más bien su impronta y durabilidad en la comunidad.

La larga duración también está definida por el reconocimiento del cambio social, en ningún momento contradictorio con la idea de costumbre entre el grupo. Pues aunque se reconoce la permanencia en el tiempo de elementos adquiridos en el “más antes”, también se hace de los cambios sufridos por esa costumbre, tanto en el pasado como en el presente. Un tiempo de larga duración implica una aceptación de cambios en lo permanente, de transformaciones en lo general.

El antes, por su parte, es considerado el tiempo propio, en el que el grupo o el individuo se posiciona; el conocido, vivido y protagonizado. Éste se diferencia del “ahora” — aparte de poseer sus propias características (Muñoz, 2009a) —, por el hecho de que se considera un tiempo terminado. Es importante señalar en este momento, que en la cultura purépecha existe un “antes” individual y uno colectivo. No se contradicen, y aunque sí posean recorridos diferentes, se complementan para formar un todo. De hecho, la historia —aunque aquí evitemos referirnos al pasado purépecha con este término— no puede construirse si no es con historias individuales (Sahlins, 1997: 108; Ricoeur, 1998: 131).

En el “antes”, como ya se ha mencionado, la comprensión viene determinada por el conocimiento directo de los acontecimientos que lo caracterizan. Es evidente, no obstante, que las diferentes edades y generaciones dentro del grupo, hacen que ese conocimiento se extienda más o menos en el tiempo cronológico. El “antes” individual se establece a partir de que el individuo tiene conciencia de haber participado de los acontecimientos colectivos (principalmente se refieren a aquellos considerados más importantes). El “antes” grupal, por su parte, comienza con el “antes” individual de la persona de mayor edad de la comunidad. Tal vez con su nacimiento, pero sobre todo con sus recuerdos.

Así, podemos encontrar que en la mayoría de las comunidades purépechas, existen ancianos que superan los cien años. Esto coincide con el desarrollo de la Revolución, acontecimiento sumamente traumático y esencial en el conocimiento regional. Es, por tanto, en ese límite temporal en el que tal vez hoy podamos establecer el comienzo del “antes” purépecha, tiempo conocido.

Por último, nos encontramos con que los purépechas suelen hablar constantemente de un “ahora” o “ahorita”. De hecho, todos aquellos que en alguna ocasión hemos trabajado en comunidades de la región, pudimos comprobar que ésta es la referencia temporal más usada por los comuneros para hablar tanto del presente como del pasado. Es más, aquellos que nos interesamos por el pasado purépecha, al preguntar por él, las primeras referencias siempre se



hacen en la comparación formal entre el “antes” y el “ahora”: “Antes se sembraba en el mes de marzo, ahorita casi toda la gente siembra en abril”. Una fórmula muy recurrida por parte de los purépecha para ponderar los cambios sufridos por el grupo en las últimas décadas (Muñoz 2009a: 200 y ss).

El ahora es un marcador temporal que hace referencia al presente, pero que no se ubica exclusivamente en él. De hecho, comprende, en la mayoría de los casos, las últimas tres y hasta cuatro décadas. No es fácil de definir cuándo comienza, porque de hecho, ni los propios comuneros parecen tenerlo claro. Son muchos condicionantes (también individuales y grupales) los que marcan su extensión y cada comunidad tiene los propios.

Sí parece haber uno común: el considerado por los purépecha el último gran acontecimiento vivido por las comunidades, que principalmente se refiere a la mejora en infraestructuras y servicios sociales de los años setenta (llegada de la electricidad, del asfaltado en algunos caminos, del teléfono, de la mejora en las escuelas y las clínicas de salud). Este acontecimiento se engloba dentro del “ahora” y tiene su extensión hasta la actualidad, en la que, por otra parte, existe un sentimiento generalizado de que algo importante está sucediendo, con la inserción de la etnia en un Estado plurinacional, con las migraciones nacionales y transnacionales, con los importantes movimientos políticos interregionales, con la acusada presencia de la violencia en la región en los últimos años.

Estos tres marcadores temporales son los que de entrada el purépecha —y el observador fuereño— puede reconocer. Son los más visibles, los más presentes y los que utilizan los comuneros en su cotidianidad. Son con los que se posiciona el purépecha en el desarrollo social del grupo. Es la concepción temporal, cuyo significado parece ser más directo y menos interpretativo. Pero existe una lectura del tiempo, exclusivamente cognitiva, que pertenece al terreno de la interpretación del acontecimiento y del presente. Es algo compartido por prácticamente todas las culturas, no únicamente mesoamericanas, sino amerindias en su conjunto: el establecimiento de la génesis del grupo.

Los purépecha se definen en relación a cuándo (y cómo) surgieron como comunidad. Otros autores indicaron que los purépechas tienen como primera entidad de identificación su pueblo (Castilleja, 2003). Son ante todo purépechas de Arentepácu, de Acachuén o de Santa Fe de la Laguna. Pongo el acento en este hecho, por subrayar la importancia que en las comunidades purépechas tienen los relatos (y el acontecimiento en sí) del momento de fundación de cada uno de los pueblos —así como los Títulos Primordiales que hoy en día son parte del conocimiento



comunitario del pasado. Son bien conocidos en la región la fundación de Pátzcuaro o de Tarecuáto, entre otras, pero existen testimonios registrados de la gran mayoría, en cada una de las cuatro regiones donde se ubica la etnia.

Los purépecha establecen el origen del grupo actual, es decir, a partir de la fundación de sus pueblos. Antes *no eran*. Eran *otros*. Tal vez sí antepasados, tal vez sí también purépechas (o tarascos), pero en ningún momento reconocen una filiación —consanguínea o ritual— con *ellos*. En muchas comunidades se les denomina “indios brutos” y se habla de ellos en términos de una civilización salvaje, pre-social y, por supuesto, por encima de cualquier otra cosa, nunca católica. Hay numerosos testimonios en la región sobre las características atribuidas a estos indios que vivían en los cerros, iban desnudos, comían víboras —e incluso otras personas— y adoraban a ídolos, piedras y árboles (Muñoz, 2008).

Frente a ellos —en algunos casos, junto a ellos, porque también hay muchos relatos de convivencia actual con entidades relacionados con esos antepasados— están los purépecha actuales, que establecen su origen en la formación de los pueblos contemporáneos, la mayoría por mérito de frailes españoles y como resultado de convencer a los indios que vivían en los cerros vecinos —elementos contradictorios, como podemos comprobar, pero que al igual que sucede en la propia concepción indígena, aquí por lo menos carece de interés esclarecer cuál de ellos resulta verdadero y cuál falso— para que se bajaran.

Por tanto, existe una división temporal mayor entre el grupo. Una concepción que podríamos denominar como primigenia (en el sentido de originaria), y que se construye por oposición, por ser “primero que” o “antes de”. Una estructura que establece no sólo límites temporales, sino espaciales, identitarios y sociales. Esta división es la que establece un tiempo anterior al surgimiento del grupo actual y uno posterior al día de hoy, en el que el protagonista es la comunidad conocida. El primero se sitúa claramente en el “más antes” (todos los relatos purépecha de la época prehispánica comenzarán con la expresión “más antes”) y el segundo ocupa desde ese “más antes”, hasta “el ahora”, pasando por el “antes”. El acontecimiento que divide uno del otro —la fundación de los pueblos— está claramente definido como uno de los principales que dan sentido al conocimiento purépecha del pasado (Muñoz, 2009b) y se encuentra también situado en el “más antes”.

Dos elementos parecen destacar, por tanto, de la concepción purépecha del tiempo: en primer lugar el hecho de que ésta se construya con base en el posicionamiento que tanto el individuo como el grupo (la comunidad, en la mayoría de las ocasiones) establecen dentro de la historia. Por otra



parte, la existencia de una continuidad cultural que los propios purépecha reconocen de origen distante, pero que en el uso actual, en la cotidianidad, modifican y adaptan a las nuevas circunstancias.

Los estudios y análisis en la literatura etnográfica de la región de lo que se conoce como costumbre purépecha, por lo general no utilizan la concepción temporal para determinar el verdadero significado de la misma. La costumbre purépecha no es otra cosa que el *corpus* de estructuras culturales normativas que los purépecha consideran como propias del grupo, ubicando su origen en el “más antes”. Las han heredado desde el pasado y hoy en día fungen como los pilares que sostienen su identidad colectiva (tanto comunitaria como étnica). La costumbre, no obstante, no es estática ni se mantiene impasible ante la llegada de la modernidad, sino más bien todo lo contrario: es precisamente el reconocimiento de la costumbre como una línea que atraviesa el transcurrir del tiempo, el reconocimiento implícito de su transformación a lo largo del mismo.

Braudel nos mostró, hace ya algunas décadas, que el tiempo histórico se entiende mejor si lo leemos en términos de larga duración, de extensión y perdurabilidad. Los “silencios” o las ausencias de acontecimientos son tan importantes como el impacto que estos provocan (2006). El desarrollo social de cualquier institución debe leerse también en la forma que el tiempo y sus características adoptan. Y, creo, es lo que hacen los purépechas para dar sentido a su pasado y presente (tal vez también al futuro).

